

El peregrino bifronte

Vivian Abenchuchan

Vigilia del Almirante, de Roa Bastos, Cal y Arena, México, 1993.

¿Quién que ha sido no ha padecido insomnio? La dificultad de dormirse o la acechanza del sueño es quizás una de las batallas más antiguas del hombre: las noches demasiado largas atraen el peligro inminente de habitar el propio silencio sin protección, a solas. Sin embargo, existen personas temerarias —en realidad son pocas— a quienes el desvelo seduce como un diamante. El “des-velo”. El lector de la *Vigilia del Almirante* asiste justamente a esta promesa seductora cautivado por el “desvelo” de su protagonista. Y es que en ella, el escritor paraguayo remonta el silencio literario después de diecisiete años de ausencia al igual que su Almirante, pero éste lo hace después de quinientos años para reescribir sus recuerdos en “el mar de sargazos de la memoria”.

La novela narra una interminable vigilia que se presenta bajo la forma de una remembranza perpetua pero a su vez discontinua, a contra-corriente, en muchas direcciones. Se prolonga hacia atrás y hacia adelante; hacia lo conocido y lo desconocido: “Con la cabeza sobre mi almohada de agonizante, en la desconchada habitación de mi eremitorio en Valladolid, contemplo con ojos de ahogado este viaje al infinito que resume todos mis viajes, mi destino de noches y días en peregrinación”. *La Vigilia del Almirante* no es, sin embargo, una confesión a destiempo en busca de redención o condenación. No se prefigura en ella ninguna reivindicación o refutación de la historia. Tampoco es un reproche, una pregunta o una respuesta. Está por demás decir que quien busque a Colón en estas páginas se sentirá de antemano decepcionado por que *Vigilia del Almirante* es todo lo anterior y mucho más.

En primer lugar, la novela formula una compleja reflexión sobre el tiempo: el tiempo real —que oscila entre la memoria y el olvido— queda suspendido por la atemporalidad de la vigilia —que va más allá de la memoria porque es circular, eterna. El Almirante habla pues, desde una suerte de presente fuera-del-tiempo en el que desembarcan y zarpan los fantasmas de sus evocaciones pasadas y futuras. Como si quinientos años más viejo y más joven a la vez, recorriera por segunda ocasión su empolvado itinerario ahora renovado por su capacidad de expiar sus recuerdos y devorar el futuro.

El Almirante es un profeta, un visionario pero de sus desgracias. De ahí la paradoja que se cierne sobre el personaje: la atemporalidad como una recuperación del Paraíso perdido se convierte más bien en una expiación de la fatalidad, los equívoco-

cos y la soledad de su futuro. La virtud de andar a dos tiempos no redime, no hay posibilidad de transformación, no representa más que el recorrido de dos caminos distintos para arribar (o no arribar) al mismo lugar: “cinco siglos son demasiado cortos para saber si hemos llegado”. Entonces la virtud de recordar el futuro se convierte para él en un “dolor bifronte”: “...continúo siendo no más que un peregrino de los mares, un mendigo despreciado y molesto en tierra de los hom-bres ...(pues) el más despreciable es necesariamente un ser bifronte que mira hacia el pasado y hacia el porvenir confundiéndolos a veces. De hecho siempre se confunden.”

En esta confusión de tiempos es donde se halla la apuesta de roa Bastos: la libertad del tiempo histórico hace posible la libertad imaginativa. Entonces, la re-combinación de hechos y símbolos adquieren una nueva significación: aparece el Almirante visorrey como un lector devoto del *Manual del Perfecto Inquisidor* de Pedro Páramo o como el Caballero Navegante nacido “en un lugar de la Liguria de cuyo nombre no quiere acordarse” seguido de sus siete Sanchos Panzas en una inútil peregrinación en busca del rey. Así, Roa Bastos convierte el espacio de su novela en “un punto de lumbre fosfórica en la oscuridad del universo donde toda la realidad se vuelve a encontrar cambiada, metamorfoseada.”

Ya sea a través del monólogo póstumo del Almirante o de un narrador externo —que por medio de audaces travestismos cuenta la biografía apócrifa del peregrino bifronte— se convoca a los hechos y a los espectros. Ambas visiones, una desde la intimidad y el delirio, la otra, desde la mirada atenta de un orquestador, descienden sobre los límites de un personaje contradictorio y enigmático.

En la primera, emerge la figura del Almirante que, hundido sobre sí mismo un instante antes de morir, trata de desentrañar el mundo complejo y oscuro que lo habita. En esta frontera entre la vida y la muerte el Almirante alcanza un único y último estado de gracia: la lucidez del lenguaje. En voz alta, como si necesitara tomar la palabra para cruzar las fronteras del tiempo, dice una y otra vez frases graves, crípticas o de una sabiduría condensada como en un aforismo: “No hay engaño en el engaño sino verdad que desea ocultar su nombre”; “Lo imposible no existe. Lo imposible no es sino la cadena de posibles que no ha empezado a cumplirse”; “Recordar es retroceder hacia la nada que es el morir”; “El sexo es el rey del tiempo. En él vivimos y por él morimos”. Fatalidad o bendición quién sabe, lo cierto es que el “haber vivido loco y morir cuerdo” abre la puerta al Almirante hacia el tornaviaje de su vida con la certidumbre de que, en ese momento de iluminación previo a la muerte, su autorretrato aparecerá “honesto en sus deformaciones”: “lunático de las estrellas”; erotómano ascético; cosmólogo inepto; chivo expiatorio; megalómano; discreto adúlador; escritor incipiente; almirante temeroso; soñador solitario “cuya voluntad va más allá del presente”...

El otro, es un narrador externo y cambiante que lo mismo adopta una actitud crítica, interpretativa o humorística ante la historia, que aparece como mero compilador de un *Memorial perdido*. A veces, el autor se traviste en este narrador para discutir sobre sus propios personajes con algún historiador. Incluso invade el monólogo del Almirante que en frecuentes digresiones teóricas reflexiona sobre los mecanismos de la ficción donde él mismo está siendo narrado. De tal forma, Roa Bastos se ensaya a sí mismo, se interroga o bromea en su novela: “...acudirán

cronistas,... novelistas de segundo orden, a deshacer con sus trujamerías lo por mí no hecho, lo por mí no escrito” y eso “es la parte más engorrosa y difícil de la obsesión de narrar”.

Convertida en un espacio ecléctico y complejo, la *Vigilia del Almirante* confirma la vigencia de la obra de Roa Bastos que ahora escribe una novela de fin de siglo renovada en la continuidad de los signos originales de su propuesta narrativa y su estilo. Como en *Yo el Supremo*, la maquinaria descompuesta de la historia adquiere nueva coherencia en el mundo autónomo de la ficción y muestra un espectro más amplio de significaciones. Así, la metáfora de la *Vigilia del Almirante* representa muchas cosas: es la angustiada noche de la víspera (¿de la muerte, del fin de milenio, del puerto esperado?); es escritura nocturna y conversación solitaria; es la abstinencia de la carne y el deseo de la carne a bordo de una carabela inmóvil. También es un oficio de difuntos que convoca al “desvelo” de la historia y a la conversión del tiempo en fábula. El lector asistirá a la revelación de estas significaciones siempre y cuando —advierte el propio Almirante— “él también reescriba el texto mientras lo lee... Un lector nato siempre lee dos libros a la vez: el escrito, que tiene en sus manos, y que es mentiroso, y el que él escribe interiormente con su propia verdad”.